

y de la estimable señorita Celia Romero, fué verdaderamente trágica. La vispera, el maestro Giovani había hecho el papel de Mefistófeles en la ópera "Fausto;" llegó á su casa á la madrugada, recostóse en el lecho y se durmió sin haberse desnudado. Todos sabemos que Giovani era sonámbulo, y dormido se levantó por la tarde y fuése al baile campestre con que se celebraba la boda del honorable capitalista Don Germán Reveles con la encantadora señorita Romero. Sin que los concurrentes se diesen cuenta del estado del maestro, éste se presentó de improviso vestido aún de Mefistófeles y púsose á bailar un vals con la novia, á quien condujo á un precipicio donde cayeron ambos, muriendo casi instantáneamente. El señor Reveles está inconsolable y los rancheros atribuyen el trágico suceso á diabólica intervención, y hasta los niños, cuando se les pregunta qué fué de Celia, responden: Se la llevó el diablo. Los vecinos de "El Capulín" llaman ya á la cañada donde se verificó el terrible suceso: "La quebrada de Mefistófeles."



CADENAS DE ORO

I

—Vamos, Padre, el caso es grave y no hay tiempo que perder, decía un muchacho, muy despabilado, á un fraile dominico en la sacristia de Santo Domingo, al obscurecer de un día en que los aguaceros torrenciales habían semiinundado la ciudad de México.

—El coche le espera á la puerta del templo; creo que dentro de treinta minutos estará de vuelta su paternidad.

Fr. Martín veía al muchacho de pies á cabeza, temeroso quizás de un chasco, y por fin le preguntó:

—¿A quién voy á confesar?

—No lo sé: el señor que está en el coche me encargó llamara á usted y díjome lo que acabo de exponer á su paternidad.

Debe de ser rico, pues me dió buena propina.

—Pero ¿te dijo que me llamaras á mi?

—No; me dijo que á un dominico, porque la enferma pedía que perteneciese á esa orden, y fué á su paternidad á quien primero encontré.

Con esto, el fraile pareció tranquilizarse y dijo resueltamente:

—Vamos.

Fr. Martín salió de la sacristía acompañado del muchacho, y ya en la calle, éste le dijo señalando un cupé.

—Mire usted, aquel es el coche.

Un hombre embozado en luenga capa española esperaba en pie, cerca del vehículo. Apenas divisó al sacerdote, abrió la portezuela y díjole:

—Pase usted, Padre, pase usted.

El Padre no pudo ver el rostro de su interlocutor, porque lo cubría el embozo, y sólo miró dos chispeantes ojos que brillaban en la obscuridad.

Aquel hombre subió al cupé tras del fraile y dijo al cochero:

—A buen paso y á la calle que te indiqué.

Dentro del coche hallábase otro caballero, y apenas entró el fraile asíóle por un brazo mientras el que le había invitado á subir le asía por el otro. El buen fraile

tuvo miedo y creyóse víctima de un secuestro.

—¿Qué van ustedes á hacer conmigo?

—Nada tema su paternidad, contestóle uno de los caballeros. Necesitamos tomar nuestras precauciones, esto es todo. Docilidad, Padre, es lo único que necesita usted. Debe ser ciego por un rato y lo será por bien ó por fuerza.

En seguida vendaron los ojos de Fr. Martín con un pañuelo de seda.

El sacerdote nada contestó. Estaba en poder de aquellos hombres y toda resistencia hubiera sido inútil. Un grito de socorro le habría perdido. Resignóse, pues con su suerte, y púsose á rezar el rosario contando las Avemarías en los dedos de las manos.

Uno de los secuestradores del sacerdote bajó las cortinillas de las portezuelas, precaución tomada quizás, contra los indiscretos ojos de los transeuntes, pues el Padre nada podía ver.

Los densos nublados habían anticipado la noche y el continuo relampaguear anunciaba que el cielo derramaría aún sobre la ciudad, el agua en abundancia.

Fr. Martín serenóse cuanto pudo y procuró fijar la atención en saber el punto á donde le conducían. Contaba las cuerdas calculándolas con la exactitud que le era posible; pero al pasar tres, según el

cálculo del Padre, el vehículo dió vuelta á la derecha para recorrer por tres veces la misma manzana, luego volteó á la izquierda é hizo lo mismo, hasta que á Fr. Martín, del todo desorientado, le fué imposible saber el punto donde se encontraba. Notó entonces que por llevar la cuenta de las calles no había llevado la de los misterios y había rezado una tras otra quién sabe cuántas Avemarías. Dejó, pues, la cuenta por la imposibilidad de seguirla y empezó el rosario esforzándose por recoger el espíritu; pero aún no concluía el primer misterio, cuando el coche se detuvo.

—Hemos llegado, dijo uno de los caballeros.

—Ayudemos al Padre á bajar, repuso el otro.

Y el dominico fué bajado casi en peso por los dos desconocidos, é introducido, á remolque y vendado, á una casa que debía de ser de acaudalada persona, á juzgar por los peldaños de la escalera, que era de mármol, si no se engañaba el tacto de Fr. Martín.

El fraile contó los escalones hasta el amplio descanso, de donde, sin duda, partían dos tramos, uno á la derecha y otro á la izquierda. Por este último fué conducido el dominico sin que sus secuestradores le soltasen ni por un momento. Con-

ciuida la escalera, comprendió Fr. Martín que caminaba por un corredor, pues empezaba á llover, sentía el viento fresco, y no caía sobre él la lluvia. En aquel corredor había sin duda, muchas plantas, pues aspiraba el suave olor de rosas y flores.

De pronto los desconocidos detuviéronse, uno de ellos abrió una puerta é hicieron al Padre cruzar por varias piezas alfombradas con gruesas alfombras, donde se hundían los pies sin producir el menor ruido. Siguiéron luego por un pasadizo estrecho y detuviéronse de nuevo para abrir otra puerta. Introdujeron á Fr. Martín en una alcoba, sentáronle en muelle poltrona, y cuando hubo descansado algunos momentos, quitáronle la venda.

Fr. Martín lo primero que hizo, fué clavar la vista en sus secuestradores, pero éstos estaban embozados hasta las narices con capas negras, y antifaces, negros también, cubrían la parte superior del rostro. En el cuarto no había más muebles que un catre de fierro, la silla en que se sentó el fraile y los cuadros de las paredes, que estaban volteados al revés. El cuarto, además de la puerta que sirvió de entrada, tenía otras dos perfectamente cerradas; una que supuso el Padre que era de balcón que daba á la calle, y otra que supuso también, que conducía á interiores habitaciones.

—¿Y el enfermo? preguntó Fr. Martín después de desahogar su temor en un hondo y prolongado suspiro.

—No es enfermo, sino enferma, y voy á traerla al momento, contestó uno de los encapotados. Procure usted abreviar, Padre, porque á esa enferma le queda muy poco de vida. Y dicho esto salió de la estancia por la puerta que Fr. Martín había supuesto que guiaba á otras habitaciones, mientras que el otro encapotado daba vueltas en la alcoba.

Fr. Martín tuvo miedo y empezó á rezar el Magnificat.

Hubo un rato de expectación en el que en la estancia sólo se oían los pasos del encapotado y fuera de ella el agua que caía impetuosa y golpeaba los cristales del balcón. De vez en cuando, por las reu-dijas de las puertas, entraba á la pieza, escasamente iluminada por una bujía, la viva luz del relámpago, y un trueno ronco y prolongado, retumbaba imponente.

Fr. Martín volvía con zozobra la vista hacia la puerta por donde había salido uno de los caballeros y por donde esperaba verle aparecer de nuevo. De improviso, el dominico se quedó estupefacto y sintió que una onda fría bañaba todo su cuerpo.

Una mujer de soberana hermosura, en la flor de la juventud, apareció en el umbral de la puerta, casi arrastrada por el

secuestrador. Estaba vestida de blanco un ramillete de azahares destacábase sobre el rubio cabello primorosamente peinado; algunos ramos de la misma simbólica flor estaban artísticamente prendidos en el delantero del magnífico traje. Parecía que aquella encantadora mujer había sido violentamente arrancada del altar en el momento mismo en que iba á pronunciar sus juramentos de eterno amor. Los rasgados ojos de un azul profundo, estaban aún húmedos por el llanto, el ovalado rostro de inmaculada blancura, tenía dolorosa expresión, y la diminuta boca dejaba escapar el aliento como en extremo fatigada; la perfilada nariz armonizaba tan bien con todas las facciones del rostro que imprimía en él un sello de singular belleza realzada aún más por el dolor.

—Aquí tiene usted á la enferma, dijo el conductor de la joven al dominico; voy á cerrar la puerta. Ea, despache usted pronto. Y tú, agregó volviéndose á su compañero, quédate aquí de guardia. Dijo, y fuése cerrando la puerta por donde acababa de entrar.

El otro desconocido retiróse á uno de los ángulos de la pieza y dijo al dominico:

—Aquí nada oigo, pueden ustedes empezar.

La joven arrodillóse á los pies del sacerdote, hizo la señal de la cruz, persignó-

se y empezó la confesión tan en secreto que al mismo confesor costaba trabajo oírla.

En el rincón brillaban con siniestro fuego los ojos del negro encapotado, pendientes del Padre y de la penitente, y fuera la tempestad rugía con furioso estrépito.

Quince minutos después, el venerable sacerdote, en cuyo semblante pintábase el más hondo sufrimiento, alzaba la diestra mano para absolver á la joven. Inmediatamente el que había quedado de guardia avanzó hacia la puerta por donde había salido su compañero, dió tres golpes en aquella, abrióse y se presentó el otro enmascarado. Abalanzóse hacia la joven y con extraordinaria rapidez clavó un puñal en su corazón. La víctima dió un gemido y cayó al suelo agonizante. Fr. Martín sintió empapada su mano derecha en la caliente sangre de la moribunda. Quiso hablar, quiso gritar, pero los asesinos tapáronle la boca con las manos, luego vendáronle otra vez, le asieron de los brazos y condujéronle por piezas distintas á aquellas por las cuales le habían traído. Al salir á la calle, Fr. Martín comprendió que no salía por la misma puerta que había entrado, fingió tropezarse desasiéndose por un momento de los que le sujetaban, tiempo que fué suficiente para estampar en el

muró de la puerta la ensangrentada mano, y volvió á caer en las garras de sus secuestradores. Subiéronle al coche y con los mismos rodeos y precauciones que al traerle, lleváronle á Santo Domingo, hasta dejarle en la puerta del templo.

II

Fr. Martín no pudo conciliar el sueño: los acontecimientos del día habíale impresionado hondamente.

¡Dios mío! exclamaba, esta joven no me dijo ni su nombre, ni el de sus verdugos, ni en qué casa se encontraba. A mis preguntas respondió: Temo por la vida de usted, Padre, si le digo una sola palabra de esto. Haya una víctima y no dos, pues á mí me matarán irremisiblemente. Hable ó calle. Me mandaron callar y callaré; bajo esta condición me concedieron la gracia de confesarme. ¡Infames!

Y Fr. Martín se revolvía en su lecho, sin saber qué determinación tomar.

Mas ya no puedo, no debo ser encubridor de iniquidad semejante, exclamó por fin, incorporándose. Ea, voy á decir misa y en seguida á buscar á los asesinos.

Una hora después, el dominico cruzaba el centro de la ciudad fijándose en los marcos de todas las puertas, sin que en ellos encontrase nada de particular. Después de

cuatro horas de incesante andar, estaba fatigado, jadeante. Tiempo perdido, se dijo, no pueda más, y siguió andando á la ventura resuelto á ocupar el primer coche que encontrara y volverse á Santo Domingo.

Habría caminado Fr. Martín dos cuadras, cuando casi al fin de la segunda, detúvose estupefacto y boquiabierto: en el marco de una puerta acaba de ver la huella que estampó una mano ensangrentada.

Vuelto de su estupor, se dijo: Por esa puerta salí anoche. Dirigió la vista en derredor para cerciorarse del lugar y de la calle donde se encontraba. Frente á la puerta marcada con sangre estaba una barbería.

Estos rapabarbas, pensó el dominico, son, por lo general, sabedores de ajenas vidas, muy locuaces é indiscretos; descansaré un poco y procuraré averiguar algo. Y encaminóse á la barbería.

Un viejecito de caricaturesco rostro que movía á risa con sólo verle, estaba dando tijeretazos sobre la abundante melena de un indio.

—Pase su paternidad, dijo el barbero, viendo entrar al dominico.

—¿Me permite usted descansar un poco?

—Su paternidad está en su casa, repuso el barbero señalando un asiento.

El viejecito daba rienda suelta al torrente de su locuacidad, mientras cortaba el pelo al indio: referíale anécdotas, sucesos de la conquista y hasta echó su párrafo de político paliqúe, viendo de soslayo



al Padre para observar en la faz de éste el efecto que le causaba aquella desbordante elocuencia.

El indio callaba, ó se sonreía, ó contestaba con monosílabos.

Concluida que hubo su tarea, volvió el barbero el halagüeño rostro al fraile, y gozoso de habérselas con un hombre que suponía instruído, comenzó á hablar de cuanto se le venía á las mientes. El Padre con sagacidad y suma discreción, hizo recaer la plática en los honorables vecinos que habitaban aquella calle. La intemperante lengua del barbero desatóse más filosa que la navaja con que afeitaba, y allí supo Fr. Martín cosas de los vecinos iguales ó parecidas á las que muchas veces había oído en el confesonario.

—Aquella puerta, dijo el barbero señalando la que el Padre había mirado con tanta atención....

—¿Cuál, le interrumpió Fr. Martín, la que tiene pintada, al parecer con sangre, una mano en el marco?

—¡Calle! pues no había observado. En efecto, es una mano de hombre.

—Y bien ¿esa puerta?

Es una de las puertas del palacio de.... Y el barbero pronunció con voz clara y pausada el nombre de un personaje tan elevado en el mundo del dinero y de la política, que Fr. Martín se sintió desvanecer.

—Y el hermano del señor—aquí el barbero volvió á pronunciar el nombre del acaudalado político—salió para el extranjero esta mañana.

—¿A dónde va?

—Dicen que á Francia, me parece que á París, á traer el cadáver del hermano mayor que falleció allá hace poco. Y ¡qué fortuna les ha quedado, Padre, qué fortuna! dicen que es de muchos millones. Ya se ve, como era soltero no tenía otros herederos. Es verdad que fué un trapasista, y tengo para mí, y todo el mundo que le conoció tiene para sí, que ha de haber hecho muchas víctimas en sus amorosos trapicheos. Yo conocí á una hija del difunto. ¡Pobre huérfana! Era bella como la gracia de Dios, blanca, esbelta, rubia, de ojos de cielo y su hechicero semblante brillaba con la luz que parecía sobrenatural Padre, sáqueme usted de esta duda, ¿Pueden los demonios engendrar ángeles?

El dominico nada contestó, estaba abortó. El barbero acababa de describir á la joven asesinada la víspera por los encapotados.

Fr. Martín, muy preocupado, despidióse del barbero, tomó un coche y se volvió á Santo Domingo. Sabía lo suficiente, pero ¡ay! aquellos hombres eran muy poderosos.

Al llegar á su celda exclamó juntando las manos y elevando la vista al cielo: ¡Nada puedo contra ellos, cúmplase la voluntad de Dios!

III

Quince años después, en pleno día, Fr. Martín en una elegante carretela iba á una confesión. Habíasele llamado con urgencia y el tronco de magníficos frisonés á largo trote, atravesaba por las principales avenidas de la ciudad de los palacios. A la memoria del fraile vino la terrible escena que hacía justamente quince años conmovió fuertemente su corazón, y aquella escena se reprodujo en toda su viveza ante la imaginación del dominico al detenerse el vehículo precisamente en la casa en la cual, según Fr. Martín, se verificaron los sucesos que he narrado.

El sacerdote subió pensativo la amplia escalera de mármol que conducía al piso alto, y sería preocupación ó realidad, creyó haber seguido por aquella casa exactamente el mismo camino por donde hacía quince años le condujeron. Llegó por fin al cuarto en el cual, á su parecer, había pasado la horrible tragedia que circunstanciadamente quedó grabada en la memoria de Fr. Martín. Allí, sobre blando y rico lecho, á uno y otro lado del cual caían de lujoso baldaquín finísimas cortinas, hallábase un anciano mortalmente herido por terrible neumonía. El médico, á la cabecera del enfermo, le contemplaba estudian-

do el avance de una enfermedad que la ciencia era ya impotente para vencer. El dominico saludó al médico y preguntóle si el enfermo se hallaba en su entero conocimiento para poder confesarse.

—Sí, Padre, contestó el doctor, está en su pleno conocimiento; pero la muerte avanza con celeridad. Dése usted prisa, le dejo solo.

Salió el médico en el instante mismo en que el paciente abría los ojos y se fijaba en el fraile. El estupor dibujóse en el rostro de aquél.

—¡Justicia de Dios, exclamó, es el mismo!

—No represento, dijo el dominico con solemnidad y unción, la Justicia, sino la misericordia. Vengo en nombre de Dios á abrir á usted las puertas del cielo.

—¿Será posible? balbució el enfermo con débil voz.

—Dios es todo poderoso. Vamos, empiece usted; poco trabajo le costará abrir el corazón á quien conoce un terrible episodio de la vida de usted.

—Sí, Padre, fui un criminal. Mi hermano mayor al partir para Europa, entregóme su testamento cerrado. Te nombro albacea, me dijo, y á mi hija Blanca, única heredera de toda mi fortuna, no la he reconocido antes como hija mía, pero en este testamento la reconozco, cuida de ella

como si fuera tuya. Cuando supimos la muerte de mi hermano, el menor y yo nos pusimos de acuerdo, rompimos el testamento, trajimos con engaño á Blanca á nuestra casa, y..... ya sabe usted lo demás. Antes del sangriento drama nos pidió de rodillas la gracia de confesarse, la cual le concedimos con la condición de que sólo hablara de sus culpas. ¡Cuán bueno es Dios, pues hoy me otorga á mí la misma gracia! Vistiose de desposada, nos dijo que era Virgen, que iba á desposarse con Dios. Y caminó al suplicio con la entereza que usted presenció. El paciente se detuvo y de sus ojos brotaron raudales de lágrimas.

—Continúe usted, continúe usted; no es el juez, sino el Padre quien está cerca del lecho de muerte del pecador.

—Mi hermano mayor y yo estábamos arruinados y era indispensable conservar á todo trance la encumbrada posición en que habíamos nacido y vivido, y no vacilamos ante el crimen, y ¡oh Dios! después..... después..... Los sollozos ahogaron la voz del moribundo.

—Después ¿qué? preguntó Fr. Martín.

—Después.... pero ha de saber usted Padre, que he amado el oro con frenesí; todas las ilusiones de mi niñez eran por la riqueza, con ella soñaba en mi juventud y los afanes de mi edad viril fueron siem-

pre por acumular oro, mucho oro. En contemplar mis tesoros gozaba inefables deleites.

—Pero, ¿y después?

—Después, para quedarme único dueño de inmensa fortuna....

—¿Mató usted á su hermano?

—Sí, señor..... un veneno....

—Adelante, hijo mio, repuso el dominico sin inmutarse. Nada tema usted; mayor que su malicia es la bondad de Dios, infinitamente mayor.

El enfermo siguió confesando todas sus culpas y al parecer estaba contrito y humillado.

El fraile le oyó hasta el fin sin alterarse en lo más mínimo y alentándole con palabras de consuelo y esperanza.

Cuando el enfermo hubo concluido su confesión díjole Fr. Martín:

—Hijo, antes de absolver á usted necesita restituir. Cuanto posee no es suyo; quizás la dueña de ese caudal dejó herederos á quienes legítimamente pertenecen los bienes que usted ha poseído y disfrutado. Yo me encargaré de buscarlos. Usted no tiene herederos, ¿verdad?

—Creo que no.

—Y aun cuando los tuviese, lo que posee no es suyo.

—Pero, Padre, dijo el paciente con doloroso acento, ¿tengo que restituir todo?

—Sí, hijo, todo.

—¿Y si vivo?

—Usted no vivirá.

—Pero suponga usted que vivo.

—Bien, si vive usted, me obligo, como representante de Dios, á dejarle á usted la mitad de su fortuna.

—Pero, Padre, tengo una posición encumbrada, muy encumbrada. Para sostenerla necesito dinero, mucho dinero.

—La posición de usted no le autoriza para quedarse con lo ajeno.

Aquí empezó una terrible lucha entre confesor y penitente; éste regateando talega por talega, aquel cediendo poco á poco por el ardiente celo de salvar una alma.

El paciente convino, por último en entregar á Fr. Martín cien mil pesos para los herederos de Blanca, si los tenía, ó para obras de caridad si no existían ningunos parientes de ella.

Para absolver á usted necesito la seguridad de que se me entregará esa suma.

—Voy á darla á usted, Padre, sirvase sacar del cajón de ese buró un bloque de papel y un lápiz tinta.

El Padre atendió inmediatamente el ruego del enfermo. Este, incorporóse y tomó el bloque y el lápiz que le presentó Fr. Martín. Luego, en actitud de escribir, quedóse un rato pensativo y dos lágrimas

brotaron de los hundidos ojos del moribundo. De vez en cuando movía la cabeza: parecía sostener vehemente lucha interior.

—¡Cien mil pesos! exclamó con voz vibrante, como si al pronunciar aquella frase hubiese reunido con supremo esfuerzo, todo el vigor que le quedaba. ¡Oh, no, no; esto es muchísimo dinero! No firmaré, dijo, arrojó el lápiz sobre el lecho y expiró.

—¡Malditas cadenas de oro, gritó angustiado Fr. Martín, las más difíciles de romper, cuántas almas habéis perdido!